

De las facultades que no se adquieren en la facultad (y que son imprescindibles en un docente)

María Belén Gómez¹

Resumen

Relato en el presente trabajo algunas experiencias vividas como docente de Prácticas del Lenguaje y Literatura, a partir de mi egreso como profesora en Letras de la UNMDP y mi reingreso a la escuela secundaria, en el ámbito de la educación pública. Al mismo tiempo, comparto una mirada personal sobre la formación docente y nuestra tarea como educadores. Una reflexión en torno a todo aquello que no aprendemos si no en la práctica.

Palabras clave

Formación docente - práctica docente - escuela pública – facultades - valores humanos - prácticas del lenguaje - literatura.

Recuerdo cuando fui a mi primera asamblea del Consejo Escolar a tomar un cargo, sin saber qué hacer, preguntando a todo el mundo cómo era el tema, y todo el mundo diciéndome que no sabía y a la vez mirándome con recelo. Yo no entendía nada aquello de los listados 108 A, B, *infine* y el "Oficial": nunca nadie, en mis seis años de formación, había mencionado nada de este básico trámite, que yo recuerde. Me parecía por entonces complicadísimo, pero aún así, casi por azar, sin entender, como casi todos la primera vez, conseguí unos "módulos" en una escuela. Ese sería el primer aprendizaje de una serie muy larga que debería adquirir en adelante, cuando ya creía, con mi titulito en mano de Profesora en Letras, que lo sabía todo.

Porque la verdadera carrera comienza cuando terminamos nuestra carrera. Es un gran desafío aprender a enseñar en el contexto real que nos espera afuera de los pasillos de Humanidades. Siendo nuestra carrera un Profesorado, creo que no recibimos en la facultad una capacitación sólida para trabajar en la nueva escuela secundaria, con herramientas pedagógicas

¹ Profesora en Letras (UNMdP). Ejerce la docencia en escuelas provinciales, municipales y privadas desde 2005 y participa de Alfabetización de Adultos en espacios no formales. Participa también del Proyecto de Extensión de la Fac. Ciencias de la Salud: Taller literario a personas con padecimiento mental (UNMdP 2011- 2013)

E-mail de contacto: estrelladevelen@hotmail.com

concretas que nos sirvan para aplicar el currículum en la más absoluta diversidad. Salimos con una formación académica de alto nivel en el área de la literatura y las ciencias del lenguaje, pero sin estar preparados para abordar las complejas problemáticas sociales, culturales, económicas y familiares que atraviesan el proceso de enseñanza- aprendizaje. Hoy el mayor índice de población que pertenece al sistema educativo en Argentina, está en situación de pobreza. Las escuelas que pertenecen a comunidades social y económicamente desfavorecidas, sobre todo las que tienen ruralidad, son las menos pretendidas y las primeras a las que llegan los estudiantes avanzados o profesores recién recibidos, por su poco puntaje. Estos son los colegios, creo yo, donde deberían estar los docentes más experimentados y calificados, y paradójicamente sucede lo contrario. Sin embargo, más allá de la formación que recibimos, creo que cada uno debe hacer, en la práctica, su propio camino de aprendizaje, incorporando y desarrollando algunas facultades imprescindibles para ser un buen profesor, facultades que tienen que ver, fundamentalmente, con valores humanos.

¿Cómo fue mi vuelta a la escuela secundaria? Volví como profesora de “Prácticas del Lenguaje”. Enseñar a los chicos a escribir bien, leer bien, expresarse bien oralmente: no imaginé lo difícil que resultaría. Solo la tarea de enseñar a hablar correctamente, de enseñar a escuchar, lleva tiempo y requiere un ejercicio sistemático y constante. No basta con implementarlo un día o dos en el marco de una actividad de oralidad. Me di cuenta de que es preciso darles a los chicos la palabra y generar permanentemente espacios de diálogo. Desde que empecé a ejercitar la docencia, afortunadamente no me he enfrentado aún con situaciones de violencia física, al menos graves; pero sí con situaciones de mucha violencia verbal. Tal vez nosotros, los profesores en Letras, “los amantes del lenguaje”, seamos, entre todos, los que más prestamos atención a la forma en que se comunican los chicos, la forma cómo hablan. Aprenden a hablar, en primer lugar, en sus casas, con modelos que no siempre acompañan nuestras buenas intenciones. Nunca voy a olvidar un día en que, siendo suplente de 1er año de la ESB 59, cité a la madre de Rodrigo, un nene que venía teniendo muy bajo el trimestre por conducta pésima y peores calificaciones en los exámenes. La señora me pidió que lo llamara y que le dijera todo eso delante de ella. Cuando así lo hice, empezó a retar al nene a los gritos, emitiendo una serie de improperios e insultos muy

agresivos hacia él (del tipo *pelot...*, *bolu...*, *hijo de...*). Yo, avergonzada y temiendo que le pegara adelante mío y que los gritos se escucharan en los cursos vecinos, le pedí a Rodrigo que entrara y ella se fue sin saludar. Volví a mi clase de “Prácticas del Lenguaje” con cierto desánimo.

Tal vez el curso que más recuerdo por su particular forma de comunicarse es un 5to año de una escuela municipal. Era una suplencia que tomé en mi segundo año como docente. Ni bien paso la puerta observo que los alumnos ignoran mi presencia completamente y siguen comiendo sus respectivas bananas y tostadas con dulce de leche. “En clase no se come”, digo yo, “terminó el recreo”. “Acá sí”, me dice uno. “Acostumbresé, acá es así”. ¿Qué más era así? Gritos constantes, tizas y papeles que volaban por el aire, y sobre todo, agresiones verbales sostenidas, groserías tan subidas de tono que no puedo reproducirlas. “*Chupame la p...*”, dice un chico de piernas tan largas que no cabían debajo de la mesa. “¿Podrías cuidar un poquito tu vocabulario?”, digo yo, demostrando serenidad y autoridad. “¡Pero la *con...* de su hermana, dígame que me deje de joder este *bol...!*” Está bien, le digo al otro: “¿Podés terminarla?” Después de dirigirme una mirada de asco, me dice: “Acostumbresé, acá es así”, y pone un chicle en su boca y el pie sobre la silla. Me quedé mirándolo con la tiza en la mano. Pero en realidad no lo veía a él. Veía de repente la imagen de Ruvituso, mi profesor de Griego, los arbolitos de la gramática generativa de Chomsky y sobre todo, grandes, enormes molinos de viento de cierto lugar de la Mancha...

Lo cierto es que el chico tenía razón. Tenía que empezar a acostumbrarme. Acostumbrarme a enfrentar un montón de problemáticas que exceden lo pedagógico, lo curricular. La primera facultad que iba a tener que desarrollar era la tolerancia, la paciencia. Bajar mis locas expectativas, o más bien, cambiarlas. Adaptarme a la realidad, no luchar contra ella. De la experiencia con Rodrigo aprendí algunas de las facultades más importantes que debemos adquirir los docentes: la empatía, la comprensión, y la capacidad de tener todo el tiempo presente que nuestros alumnos son personas con un contexto detrás, con adultos detrás, con vivencias que los hacen como son y hacen que reciban lo que nosotros les damos y les pedimos de una forma u otra. Tener conciencia de esto nos ayuda a no frustrarnos ante resultados que no son los que pretendemos, y a ponernos del otro lado constantemente a la hora de elaborar nuestras estrategias de enseñanza; a no proyectar la clase para un sujeto abstracto, ideal, “el alumno

modelo”, sino para *el alumno real*.

El rol que cumplimos los docentes en la sociedad es importantísimo: somos agentes de cambio. Debemos entender esto y asumir esta responsabilidad con verdadero compromiso. Los docentes podemos –debemos- enseñar a *pensar*, cuando pensar es el primer paso para transformar la realidad, al menos la propia. Y dado que el pensamiento se construye con palabras, el papel de los profesores en Letras es fundamental: nosotros tenemos las llaves que abren a los estudiantes las puertas a las infinitas posibilidades del lenguaje. La violencia tiene su origen allí donde no existe verdadera palabra, es decir, verdadera capacidad de expresar lo que se siente, por una falta de vocabulario y sobre todo de una sintaxis organizadora del pensamiento. En las conversaciones de muchos adolescentes se observa que no se respetan las más elementales reglas sintácticas y morfológicas, las frases se abandonan a la mitad, las concordancias no funcionan, la estructura básica de sujeto, verbo y predicado casi no existe. Al empobrecerse, el lenguaje pierde su capacidad de comunicar las ideas, emociones que se experimentan, con más o menos exactitud, y entonces sobreviene el insulto, la palabra despectiva u obscena, la amenaza, el tono elevado. Desde mi punto de vista, muchas veces el tratamiento verbal agresivo entre los chicos nace como un sustituto a la violencia física ya que ésta está vedada en las aulas y, a través de la palabra soez, algo menos punible, es posible canalizarla y contenerla. Por otra parte, este es el tipo de discurso fomentado hoy por los medios de comunicación, especialmente por muchos programas de televisión, en donde la agresión y el enfrentamiento verbal son cada vez más aplaudidos y celebrados. Enseñar Prácticas del Lenguaje- forjar en los alumnos la capacidad de revelar a otro el pensamiento propio, las ideas, los sentimientos,- incluye la enseñanza de la práctica del respeto hacia uno mismo y hacia los demás.

Como profesora de Literatura, por otra parte, descubrí sobre todo la importancia de darle un lugar protagonista en el aula al ejercicio de la escritura, y no limitarnos solo a la lectura de textos literarios y teóricos. Creo que debemos brindar a los chicos la posibilidad de escribir, de crear a través de la palabra y de volcar en la hoja lo que sienten, lo que quieren... No dije la “tarea” de escribir, dije “la posibilidad”. Porque tal vez solo en nuestra clase ellos puedan tener un espacio de verdadera expresión, y no podemos dejar de dárselo. Una de las experiencias más

movilizadoras que tuve con la literatura, fue en un 2do año de una escuela rural del Barrio Libertad. Uno de los cursos en donde más hostilidades había entre los chicos (o mejor dicho, entre los pibes, porque en los barrios los chicos son “pibes”: el lenguaje es muy clasista). Todos los profesores decían que ellos estaban como “enojados con la vida”, un enojo contenido que se manifestaba en su forma de hablar y en sus miradas. Yo siempre les preguntaba al llegar cómo estaban y de forma unánime respondían invariablemente: “Mal”. Pibes con carencias de todo tipo, problemas familiares, algunos con adicciones, pibes que te contaban abiertamente que sus familias se dedican a vender droga o a robar, que habían sufrido la muerte por asesinato de seres queridos...Pibes que están, en fin, habituados a la violencia, porque para ellos es parte de su cotidianeidad. Y estaban acostumbrados a hacer las tareas como autómatas, sin darles ningún sentido, a copiar y hacer y entregar con el único fin de aprobar y sacárselas de encima. Era imposible que trajeran un material, que hicieran algo en la casa, ni pretender que trabajaran en grupo. Un día les leí un cuento en voz alta. Un cuento muy conmovedor de Eduardo Sacheri. Se llama “En paz descansa”. El narrador cuenta cómo, después de la muerte de su padre, conoció a sus amigos con los cuales empezó a jugar al fútbol hasta formar un equipo, y de esta forma nació su barrio. Un barrio que según él dejó de existir cuando todos fueron creciendo y algunos se fueron mudando y entonces ya dejaron de juntarse a patear la pelota. Cuando terminé la lectura, que ellos escucharon en un profundo silencio completamente inusual, les pedí que escribieran un texto libre eligiendo algunos de estos temas que abordaba el cuento: el barrio, la amistad, la muerte. Y esos pibes que parecían indiferentes a todo, que clase tras clase solo mostraban hastío y rebeldía, escribieron, escribieron, escribieron. Aparentemente, los tres temas los tocaban de cerca, podían explayarse. Y me fue imposible leer a la clase siguiente ninguno de sus textos en voz alta, porque mucho de lo que pusieron por escrito tenía que ver con sus propias historias de vida, que eran terribles. Pero lograron expresar y compartir muchas cosas que tenían dentro, y desde entonces supe que la escritura no era una actividad más, era algo imprescindible, una posibilidad, como digo, que había que brindarles. Además, a través de sus escritos, mucho más que de sus relatos orales, podemos conocer, los profesores, la lectura del mundo que ellos hacen, y así conocerlos. Paulo Freire decía que uno aprende a leer el mundo antes de leer un texto. En la

escuela además, se enseña a leer una lectura del mundo previamente hecha, hecha por un sistema dominante, por una clase dominante, por otros. Debí aprender a tener en cuenta la lectura del mundo propia de mis alumnos, la lectura que sus padres les transmitieron y la que ellos mismos construyeron previamente, del mundo y de su mundo particular. Y además, entendí que la clave es poder hacer entre todos una nueva lectura, desde una nueva mirada que puede surgir en

Como conclusión, creo que además de nuestra formación específica en el área de Letras, hay facultades que debemos aprender y cultivar para llegar a ser buenos docentes, que son parte de un final que nunca nos tomaron pero que debemos rendir en la práctica: la adaptación, la responsabilidad, la tolerancia, la flexibilidad, la dedicación, la empatía, la comprensión... y por sobre todo, el amor. Es imposible- dice Freire- enseñar “sin la capacidad forjada, inventada, bien cuidada de amar” (Freire 1993; 26). Amar nuestra profesión y amar a nuestros alumnos. Me canso de escuchar en las salas de profesores, docentes que se quejan de los chicos, hablan mal de ellos, hasta los insultan. Comprendo y comparto el stress, el agotamiento, la angustia y la impotencia que producen ciertas situaciones en las que nos sentimos desbordados. Pero no debemos dejar de pensar que aquellos alumnos que son los más rebeldes, los que peor se portan, esos que “nos hacen la vida imposible”, a los que quisiéramos sacar de la clase si pudiéramos porque alborotan al resto, son probablemente los que más carentes están de afecto, y los que más lo necesitan. Una vez leí un cuento sobre un señor que compró un jardín el cual pronto se vio invadido por unas plantas parásitas que arruinaron todas sus flores. El señor envió una carta al antiguo propietario preguntándole si sabía una forma de deshacerse de esa plaga, que seguro había conocido. No tuvo respuesta y le envió varias cartas más insistiendo. Finalmente, después de mucho tiempo, recibió una nota de éste que decía: “Le sugiero que aprenda a amarlas”. Ese es, creo, nuestro mayor aprendizaje. Enseñar con amor y despojarnos de nuestro ego, nuestros prejuicios, nuestros miedos, nuestra indiferencia, para vestirnos con la más pura humildad y dejar que aquellos a quienes enseñamos, nos enseñen. Solo de esta forma podremos conocer otras realidades, otros mundos, nuevas miradas y así conquistar la realidad para poder transformarla... Un desafío que nos convierte en estudiantes eternos.²

²Dice Paulo Freire: “Educadores y educandos, en la educación como práctica de la libertad, son

Bibliografía

- Freire, Paulo (2009): *Cartas a quien pretende enseñar*. Buenos Aires: Siglo XXI
- Freire, Paulo (2009): *Pedagogía del oprimido*. Buenos Aires: Siglo XXI
- Freire, Paulo (2009): *La educación como práctica de la libertad*. Buenos Aires: Siglo XXI
- Sacheri, E.(2009): "En paz descansa". En: *Los mejores cuentos de fútbol*. Buenos Aires: Galerna Akal
- De Mello, Antony (1982): 'Dientes de león'. En: *El canto del pájaro*. Madrid: Salterrae